

Julia Pinilla y Brigitte Lépinette (eds.), *Traducción y difusión de la ciencia y la técnica en España (S. XVI-XIX)*, Valencia, Universitat de València, Institut Universitari de Llengües Aplicades Modernes (IULMA), 468 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24.197/her.19.2017.372-382>

Este libro, editado por las profesoras Brigitte Lépinette y Julia Pinilla de la Universitat de València, reúne dieciséis artículos de diversos investigadores bajo el tema general de la historia de la traducción científica y técnica del francés al español del siglo XVI al XIX en España. El volumen contiene, además, una rica bibliografía en donde se organizan en dos secciones las fuentes citadas y las referencias críticas, respectivamente. Aunque los autores son historiadores de la ciencia y traductólogos, las editoras han optado por seguir un criterio temático y clasificar el contenido en tres partes, en las cuales se mezclan las contribuciones de unos y otros. Así, la primera parte (*Perspectiva general*) contiene tres capítulos que presentan una visión global del tema, la segunda (*Tratados y manuales*) contiene diez capítulos que abarcan desde estudios históricos hasta análisis de obras específicas y la tercera parte (*Lexicografía*), tres artículos que muestran la pertinencia e importancia de la metalexigrafía y la lexicografía histórica para la traducción y la formación del léxico especializado. El contenido del libro resulta entonces heterogéneo, pero los inventarios de obras y análisis específicos se hayan siempre unidos por el objetivo de explorar la función e importancia de la traducción en la difusión del saber científico y técnico en España del siglo XVI al XIX. Este objetivo cobra particular relevancia cuando se tiene en cuenta que, como lo indican las editoras en el prólogo (21), se dedicaron pocos estudios a la historia de las traducciones científicas y técnica hasta finales del s. XX y destaca, por lo tanto, el aporte de estos estudios a comprensión de la historia sociocultural española. Cada una de las tres partes comienza con un capítulo general al que le siguen estudios específicos. Así, la primera parte abre con el capítulo de Francisco Lafarga titulado *Historia de la traducción e historia de la traducción científica y técnica: encuentros y desencuentros*, la segunda parte empieza con el estudio diacrónico de María Jesús Mancho Duque sobre las características de las traducciones de textos científico-técnicos en el Renacimiento y la tercera, con el artículo sobre los textos preliminares de los diccionarios francés-español (siglos XVI-XIX) de Manuel Bruña Cuevas. Los temas estudiados en los capítulos que siguen a

estos tres estudios son muy variados: análisis bibliométrico aplicado a la traducción, la traducción en Hispanoamérica, geometría, lógica, historia natural, química, biología, física eléctrica, economía, medicina y la lexicografía especializada del arte militar.

Lafarga se interroga sobre las funciones de la historia de la traducción y resalta la complejidad de dicha historia y la forma a menudo asistemática en que se ha estudiado. Destaca dos problemas historiográficos: la conceptualización de los objetos de estudio (traductores y traducciones) y los métodos usados para estudiarlos, como la división temporal y la delimitación geográfica. Pasa luego revista a las obras de historia que se han ocupado de la traducción y señala el lugar reducido que ocupa el tema en las historias de la literatura española. Este fenómeno se repite en las obras sobre historia de la ciencia y la técnica, donde la traducción tampoco ha recibido mucha atención en las bibliografías y diccionarios históricos. Han aumentado considerablemente los estudios sobre la traducción científica y técnica; sin embargo, estos estudios siguen siendo parciales porque se dedican a una época, a algunos traductores o a algún área científica. Lafarga comenta brevemente los aportes existentes, pero la historia de la traducción especializada aún está por escribir. ¿A quién toca escribir dicha historia? No hay una respuesta definitiva a esta pregunta; los historiadores de la ciencia sensibles a la traducción serían autores potenciales, pero no serían los únicos. El autor recomienda entonces una colaboración entre tres actores: quienes se dedican a la historia de la ciencia, a la de la literatura y a la de la traducción. Es este un artículo bien documentado y que sirve de introducción general al tema del libro.

Los dos artículos que completan la primera parte son el de Julia Osca-Lluch, *Una aproximación bibliométrica a las obras traducidas del francés los siglos XVI-XIX*, y el de Georges Bastin, *Science, politique et voyages en traduction en Amérique hispanique*. Osca-Lluch coincide con Lafarga en que la traducción de obras especializadas ha recibido poca atención hasta hace poco; en el caso de España, los estudios bibliométricos sobre lenguas y literaturas son escasos. Este tipo de estudio se sirve de modelos matemáticos que superan la estadística bibliográfica tradicional para estudiar, primero, el crecimiento y distribución de los textos científicos y, segundo, la estructura de los grupos que producen y consumen la información contenida en dichos textos. La autora se basó en el *Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español* (CCPB), del cual se obtuvieron 2.388 registros bibliográficos correspondientes a las obras traducidas del francés al

español entre los siglos XVI y XIX. La distribución por años indica el crecimiento de las obras traducidas a partir de 1751-1800, mientras que el mayor número de traducciones se ubica entre el período de los años 1801 a 1850. Los resultados se clasificaron según su distribución por países de edición (siendo el primero España, seguido de Francia y Bélgica), las localidades de edición (donde Madrid, Barcelona y Valencia son las principales), la productividad de los traductores (el 67,22 % solo tradujo una obra), la colaboración entre traductores, es decir, si las traducciones fueron realizadas por un solo traductor o por dos o más (casi el 92 % de las obras fueron traducidas por un solo traductor), la participación de las mujeres (98 % de los traductores son hombres frente a un 2 % de las mujeres) y, por último, los temas que tratan los libros traducidos (predomina la religión, tema seguido por la traducción de comedias, novelas, libros de historia, biografías y medicina. En conclusión, la traducción de obras científico-técnicas aumenta en España durante el s. XVIII, a partir del interés por las nuevas terminologías que existía desde la última década del siglo XVII.

Con el tema de fondo de la relación entre ciencia y política, Bastin explora primero las traducciones no literarias realizadas en Hispanoamérica entre los siglos XVI y XVIII. La mayoría de estas son de textos religiosos del español a las lenguas autóctonas. Se encuentran también traducciones científicas y literarias a partir dichas lenguas autóctonas, de gran importancia para reconstruir el pasado de Hispanoamérica, como la del *Popol Vuh*. En segundo lugar, se presentan las diversas versiones realizadas por los traductores comprometidos con la independencia de Venezuela. Bastin y su grupo de investigación en la Universidad de Montreal (HISTAL) han descubierto que los traductores independentistas, entre ellos Andrés Bello, Manuel García de Sena, José María Vargas y Miguel José Sanz, también se ocuparon de textos científicos (p. ej. de química, derecho, medicina, aritmética, etc.). Además, numerosos intelectuales, principalmente europeos, recorrieron Venezuela en el siglo XIX y este investigador nos ofrece, en tercer lugar, un adelanto de un proyecto ambicioso que se ocupa de la relación entre la traducción y las expediciones científicas durante el siglo XIX, específicamente, de la influencia de las traducciones de estos relatos de viajes en el imaginario de la época, relatos que cambiaron la visión que los científicos europeos tenían de Hispanoamérica. Se ocupa brevemente de las traducciones realizadas de las narraciones de Jean Joseph Dauxion, Pal Rosti, Karl F. Appun, Miguel M. Lisboa y Jean-Baptiste Boussingault. Las

conclusiones preliminares del estudio revelan las funciones políticas y económicas de esas obras en la medida en que consolidaron la reputación de ciertas autoridades, como Napoleón o el Gobierno inglés, o estrecharon las relaciones entre países como Venezuela y Brasil. Se trata de un corpus variado de obras escritas no solo en francés, sino también en inglés, alemán, húngaro y portugués, y publicadas por diversas instituciones. Son también ricas en textos preliminares y notas de los autores o los traductores y en ellas abunda la terminología científica y los neologismos. De allí su importancia para la historia de la traducción especializada.

El interesante artículo de Mancho Duque, titulado *Las traducciones de textos científico-técnicos en español en el Renacimiento: algunos rasgos caracterizadores*, inicia la segunda parte del libro. Como es sabido, durante el Renacimiento el uso del latín en Europa fue declinando en la medida en que fueron surgiendo las lenguas vernáculas. Este ambiente se ve reflejado en España, donde el uso del latín era obligatorio en la enseñanza universitaria, en la investigación científica y en los intercambios internacionales, lo cual no favorecía el desarrollo de las materias necesarias para el desarrollo de la España imperial. Se crearon entonces centros donde la enseñanza era en español y donde, por ende, se favorecían las traducciones. En el área científica, se hicieron traducciones de las lenguas clásicas y a partir de otras lenguas vernáculas, principalmente del italiano, seguido por el francés. No hay durante el Renacimiento una teoría elaborada de la traducción científica, sino que se encuentran observaciones y reflexiones en los prólogos de las traducciones. En general, se repiten las ideas clásicas sobre la traducción, provenientes de Cicerón, que daban primacía al sentido y a la libertad respecto a la forma, pero sin glosas a la manera medieval. Además, hay un deseo de transmitir el conocimiento a quienes no podían leer latín y por ello los traductores tratan de justificar su labor con una actitud defensiva frente a las críticas por parte de quienes consideraban el latín la lengua de prestigio. Resulta muy interesante un rasgo mencionado por este investigador y que enlaza lo sucedido en Europa con las características de la traducción en Hispanoamérica estudiadas por Bastin en el capítulo anterior; en efecto, la traducción, en el caso del español, se tiñe de patriotismo, ya que el cultivo y desarrollo del español «se consideran tareas de máxima importancia y de interés nacional» (104). Se llega así a la convicción de la madurez del idioma español considerado como instrumento político.

Evidentemente, los traductores se enfrentaron a problemas terminológicos en la medida en que las lenguas vernáculas no poseían

denominaciones para muchas palabras y conceptos de los originales grecolatinos. Los traductores trataron de incorporar los nuevos vocablos sin hacer violencia al español, con predominio de los latinismos técnicos y los helenismos, y surgieron así numerosos neologismos recopilados en glosarios especializados que dieron origen a la lexicografía moderna. Un estudio más detallado de los procedimientos utilizados por los traductores para resolver los problemas terminológicos se encuentra en el capítulo de Francisco. J. Sánchez sobre la convergencia terminológica que comentaremos a continuación. En conclusión, el profesionalismo del traductor evolucionó en la medida en que el latín quedó limitado a las universidades y los claustros religiosos. El principio fue lento y lleno de excusas para justificar la traducción al romance, pero con el tiempo el trabajo del traductor se hizo socialmente más aceptado por la necesidad de propagar las materias científicas y consolidar el desarrollo del idioma con fines nacionalistas.

El capítulo quinto es de Francisco Javier Sánchez, quien ilustra los problemas léxicos y recursos de la neología en la traducción en un caso específico, a saber, *Las traducciones al español e italiano del libro De Geometría (1532) de Oronce Finé: convergencia terminológica*. Sánchez analizó los primeros siete capítulos del segundo libro de *Protomathesis*, una obra didáctica sobre matemáticas, cosmografía y astrología publicada en París. Comienza por describir los manuscritos y ediciones usadas, además de las traducciones del latín al italiano y español. Aunque la versión al italiano no tiene prólogo, uno de los autores de la versión española, Jerónimo Girava, redactó uno en donde discute algunos temas mencionados por Mancho Duque como características de la traducción científica en el Renacimiento. En efecto, en su prólogo Girava resalta su labor de traducción atendiendo el sentido y menciona el problema terminológico que resulta de no poseer equivalentes léxicos al verter del latín al español. Este investigador muestra cómo en la versión española los traductores adoptaron los tecnicismos latinos, recurrieron al calco, alternaron términos cultos con populares, se sirvieron de palabras comunes a las que dieron un significado particular (neología de sentido) o, en caso de vacíos terminológicos, tradujeron el significado etimológico.

El estudio comparativo de Brigitte Lépinette, *Las traducciones de manuales de humanidades en la segunda parte del siglo XVIII. Las lógicas*, está realizado siguiendo una metodología histórico-sociológica muy interesante, ya que se centra en aspectos externos a las traducciones para

explicar las razones que las motivaron y su contexto editorial. Se trata de un artículo detallado, con numerosos cuadros que ilustran las diferentes ediciones de las obras de lógica estudiadas y sus contenidos. Lépinette explica primero la importancia de la lógica en la enseñanza en Francia en las últimas décadas del s. XVIII; posteriormente dirige su atención a las ediciones y traducciones de tres autores y sus obras respectivas, a saber, las lógicas de Dumarsais (1730), Cochet (1750) y Condillac (1780). La lógica de Dumarsais compendia la lógica de Port-Royal, cuya finalidad general era ayudar a distinguir lo verdadero de lo falso. Al igual que esta, la de Cochet estaba destinada a un público sin formación humanística, pero añade como objetivo esencial ayudar a formar el buen gusto de los jóvenes, que es la base de la enseñanza literaria y científica. La de Condillac se acerca más al espíritu de la Ilustración, pues presenta la lógica como el arte de razonar y en el cual solo el ser humano con sus facultades mentales está en la base del pensamiento; es, pues, una lógica epistemológica. Destaca Lépinette cómo, a pesar de sus diferencias, se encuentra en cada una de estas obras una finalidad pedagógica que motivó las traducciones al español. En este sentido, refuerza lo señalado por Mancho Duque como una característica de la traducción en el Renacimiento: estar al servicio de la enseñanza en español.

Con el capítulo de Antonia Montesinos sobre *La variación denominativa en la versión española de la Histoire Naturelle de Buffon* volvemos al campo de los problemas terminológicos. Sinónimos y pares de términos equivalentes o cuasiequivalentes son fenómenos englobados por la noción de *variación denominativa*, de tipo implícito en el primer caso y explícito en el segundo, donde a un concepto le corresponden varias denominaciones. Se trata, pues, de un mecanismo de cohesión textual, junto con la repetición léxica, la sustitución semántica y la elipsis. Montesinos se ocupa del caso particular donde dicha variación no se debe al autor de un texto sino al traductor: la traducción de la obra de G.-L. Leclerc, Conde de Buffon, por José Clavijo y Fajardo. Con numerosos ejemplos ilustra el uso de la variación terminológica como técnica de traducción. Las diferencias entre TO y el TM son de estilo, ya que el original se caracteriza por la repetición léxica y sintáctica, mientras que el traductor optó por la variación denominativa implícita. Clavijo también usó la variación explícita en lugar de los términos simples del original. Las conclusiones de Montesinos indican que, donde Buffon recurre a la repetición léxica de tecnicismos o voces de la lengua común, Clavijo usa varios mecanismos de cohesión, entre ellos la variación implícita, e incluso ambos tipos de variación, para mantener la precisión de los términos

especializados. Por otra parte, el traductor usa la variación explícita para traducir términos propios de la obra y algunas voces de la lengua común. El uso de la variación explícita se debe a una razón discursiva y funcional, a saber, el propósito del traductor de facilitar el acceso a los términos científicos a lectores jóvenes en formación.

Los capítulos ocho y nueve se ocupan de nomenclatura de la química. José Ramón Bertomeu hace un recuento histórico interesante y ameno de la transformación de la profesión farmacéutica como consecuencia de la nueva nomenclatura química en *Fugaces novedades y largas persistencias: la terminología química y la profesión farmacéutica durante la primera mitad del siglo XIX*. Bertomeu ofrece información sobre el proceso de creación y adaptación del conocimiento científico en el territorio común a la química, la farmacia y la medicina. Tanto en España como en Francia hubo resistencias fuertes entre los boticarios, suplantados por los colegios de farmacia, donde se propagaba lentamente la nueva terminología gracias a traducciones al español de clásicos como los de Morveau y Fourcroy. La transformación de la farmacia en una ciencia fundada en la nueva química encontró diversos problemas terminológicos, tales como la existencia de términos muy largos, y por ende poco prácticos en el uso, de términos que oscurecían la composición de productos farmacéuticos y otros vocablos que causaban confusión entre sustancias diferentes, todo lo cual produjo una abundante sinonimia entre los nuevos términos y las antiguas denominaciones. Por otra parte, la obra de Mateo Orfila es un ejemplo muy importante para ilustrar la historia del vocabulario científico en español en el siglo XIX, no solo por la figura y prestigio del autor, sino también porque su obra también muestra cómo se fue adaptando el nuevo léxico de la química al español. Este es el tema del que se ocupa Cecilio Garriga en *Aspectos de la traducción científica en el siglo XIX: el ejemplo de Orfila*. En este caso, es valiosa la perspectiva diacrónica para comprender los problemas de traducción, puesto que el desarrollo de la nueva nomenclatura química produjo debates lingüísticos sobre las nuevas denominaciones, a la par que se realizaban traducciones tempranas al español de las obras más importantes. Orfila fue autor de unos de los libros sobre la química más importantes publicados en Francia, los *Éléments de chimie appliquée à la médecine et aux arts*, traducido por el mismo autor al español un año después. Hubo dos ediciones en francés (1817 y 1819) y sus correspondientes versiones al español (1818 y 1822) y Garriga hace un análisis comparativo de estas obras. Estudia, además, la fecha de

incorporación a los diccionarios académicos de la lista de elementos y compuestos químicos que presenta Orfila y el largo proceso de adaptación de los nuevos términos al español.

El capítulo diez, del cual son autoras Sylvie Vandaele y Eve-Marie Gendron, también se ocupa de la obra de un autor específico y la influencia de las traducciones, en este caso, la obra de Darwin y sus traducciones al francés. En *Des “vilaines infidèles” à la postérité : traduction et retraduction de l’œuvre de Charles Darwin*, estas investigadoras siguen la noción de arqueología de la traducción de Pym (250) y se ocupan de las primeras traducciones (y retraducciones) de la obra de Darwin, el método seguido por los traductores y sus propósitos. Analizan la información editorial buscando saber más sobre los traductores, p. ej., si eran científicos o no y si hablan de su estrategia de traducción. Vandaele y Gendron incluyen una serie de cuadros que dan al lector una idea clara de las ediciones originales, las traducciones, ediciones y traductores. Los resultados indican que la mayoría de las traducciones fueron hechas por científicos y confirman una práctica común a mediados del s. XIX: la iniciativa de la traducción la tomaba no el autor sino el traductor, quien también buscaba la editorial, y cuyo nombre y credenciales, si era de prestigio, aparecían completos en traducción, que además incluía un prefacio. Hoy en día las traducciones de Darwin tienen otras características, pues se le traduce por su importancia en la ciencia, no para difundir sus ideas; además, los traductores y autores de los prefacios son estudiosos de la vida y obra de Darwin, pero no necesariamente científicos ni investigadores.

José Antonio Moreno presenta un panorama donde se ocupa de los autores y obras más relevantes para la difusión y enseñanza de la física eléctrica hasta 1875, tales como Libes, Biot, Beudant, Pouillet y otros, con información sobre las distintas ediciones, contenido y traductores. Las conclusiones de su estudio sobre *Los manuales de procedencia francesa en la enseñanza y difusión de la física eléctrica en España a lo largo del siglo XIX* muestran que no fue abundante la producción de textos que sobre la electricidad y sus aplicaciones pueda encontrarse en las bibliotecas españolas hasta 1870, situación que cambió en el último cuarto del s. XIX con el desarrollo de las aplicaciones prácticas de la electricidad y que condujo a la producción de obras destinadas a tanto a ingenieros como al público en general.

Con el artículo de José Carlos de Hoyos sobre el *Nacimiento de la ciencia económica: Análisis de las traducciones españolas del Épitomé de Jean-Baptiste Say* volvemos a un estudio sobre la difusión de una nueva

nomenclatura, en este caso, de la terminología económica en el primer tercio del siglo XIX, en la cual la obra de Jean-Baptiste Say y sus traducciones, según Hoyos, fueron determinantes para la formación del lenguaje especializado de la economía (314). Se publicaron seis ediciones del *Traité d'économie politique* entre 1803 y 1841, del cual el *Épitomé* es una añadida a la segunda edición de 1814 y que fue muy popular. Se trata de un compendio terminológico del vocabulario usado en el *Traité*. Hoyos presenta una lista de las traducciones al español del *Traité*, pero su artículo se centra en las dos versiones españolas del *Épitomé* de 1816 y 1821, analizando las palabras clave que revelan los aportes de los traductores a través de la creación de términos para la economía.

Hemos visto que las editoras entremezclan los temas y enfoques a lo largo del libro, lo que le da una gran variedad al volumen. Después del estudio de la influencia de una obra específica en el capítulo anterior, cierra la segunda parte el trabajo de María Elena Jiménez sobre *Les traductions espagnoles de textes médicaux au début du XIXe siècle (1800-1810)*. Se trata en este caso de una revisión de la historia de la traducción al español de textos médicos aparecidos entre 1800 y 1810 en un corpus formado por treinta y una obras de diversas áreas, como la cirugía, la anatomía, la higiene, la farmacia, etc. A lo largo de la segunda parte de este libro hemos visto que las traducciones fueron frecuentes en España en el s. XVIII y aún más en el s. XIX. Cuantitativamente, la mayoría de las traducciones en medicina son de cirugía y de anatomía y fisiología. La mayor parte de las traducciones vienen del francés, mientras que en otros casos se trata de traducciones al francés de obras escritas originalmente en inglés, latín o alemán. Los traductores eran casi siempre especialistas, como en el caso de la obra de Darwin; además, el estudio de los prefacios y otros textos preliminares indica que los destinatarios eran principalmente especialistas y, en algunos casos, estudiantes de medicina. Se traducían para contribuir a la difusión científica en España y hacer disponibles los progresos y descubrimientos en Francia e Inglaterra; llegado el siglo XVIII, el francés había sustituido prácticamente al latín como lengua de difusión de la ciencia y la tecnología.

La tercera parte del libro, dedicada a las relaciones entre lexicografía y traducción, contiene un estudio diacrónico de metalexigrafía bilingüe aplicado a los textos preliminares de los diccionarios bilingües con el francés y el español, seguido por dos estudios específicos de la lexicografía del arte militar. El trabajo de Manuel Bruña Cuevas sobre *La traducción según los*

prólogos de los diccionarios francés-español (siglos XVI-XIX) es valioso porque muestra la relación estrecha entre traducción y lexicografía. ¿Qué temas se mencionan y discuten en los textos preliminares de estos diccionarios? ¿Hay referencias directas o indirectas a la traducción? ¿Se menciona a los traductores entre los destinatarios? Bruña Cuevas compara los diccionarios bilingües alfabéticos con el francés y español, pero excluye las nomenclaturas y los multilingües. Resulta sorprendente constatar que ni en los diccionarios de Hornkens (1599), Palet (1604) y Oudin (1607), pasando por las sucesivas reediciones de este último a lo largo del s. XVII, ni en las compilaciones de Vittori (1609 y sig.) y Trogney (1639) se presenta el diccionario bilingüe como una herramienta para los traductores, sino para aprender idiomas. No es muy diferente la situación en el s. XVIII con las obras de Maunory (1701), Sobrino (1705) y Torre y Ocón (1728-1731). A pesar de que en este siglo van aumentando las traducciones y la dependencia del español con respecto al francés para acceder al saber, se mantiene la visión fundamental de los diccionarios como obras didácticas para la comprensión del francés y ningún lexicógrafo presenta su diccionario como una herramienta útil para la traducción. Las únicas excepciones son los diccionarios de Terreros (1786-1793) y Capmany (1776), pero en general la tendencia sigue siendo considerar los diccionarios como obras para el aprendizaje de idiomas.

Ascensión Sierra Soriano ofrece un recorrido histórico más específico que el anterior, dedicado a *La lexicographie militaire française et espagnole au XIX^e siècle*, mientras que Marta Sánchez Orense se concentra en una obra específica en *Un ejemplo de la corriente traductora en la lexicografía especializada: el Diccionario militar (1749) de Raimundo Sanz*. Sierra Soriano estudia un corpus de cuarenta y tres diccionarios monolingües, bilingües y multilingües con el francés y el español; varios cuadros y gráficos ayudan a aclarar la clasificación de las obras y su distribución por fechas de publicación y lenguas. Hay un aumento de las publicaciones a partir sobre todo de la segunda mitad del s. XIX; sin embargo, la producción de diccionarios bilingües francés-español no es particularmente copiosa, puesto que en general los militares españoles conocían bien la lengua francesa. Por su parte, Sánchez Orense se ocupa del diccionario de Sanz, poco conocido, pero que es el primer trabajo lexicográfico en lengua española sobre esta área y que presenta la particularidad de ser un diccionario traducido del francés al español, una adaptación española del *Dictionnaire militaire* de Aubert de la Chesnaye-Desbois (1742). En los textos preliminares Sanz explica su método

de traducción. En la macroestructura, Sanz prescindió de términos obsoletos y arcaicos, y de lemas franceses cuyas definiciones aparecen duplicadas en otras entradas. Sanz también redujo la microestructura, pero en otras partes añadió entradas o creó dos entradas a partir de una única en el original francés. El número total de entradas del español es menor que el del francés (629 frente a 691), lo que indica que Sanz no se limitó a transliterar el original.

En conclusión, nos parece innegable que la gran variedad de temas tratados en este libro, junto a la alternancia entre estudios diacrónicos y análisis de obras particulares, y la inclusión de una parte sobre lexicografía hacen que este volumen contenga una gran riqueza de observaciones y datos que pueden servir para estudios posteriores a los investigadores que se interesan por la traducción y su historia, la lingüística diacrónica, además del desarrollo de la terminología y la lexicografía.

HEBERTO FERNÁNDEZ, DOCTOR EN LINGÜÍSTICA
Universidad de San Buenaventura, Seccional Cartagena
Facultad de Educación, Ciencias Humanas y Sociales
Licenciatura en Lenguas Modernas con énfasis en Inglés y Francés
heberto.fernandez@usbctg.edu.co